más importa en el mundo. Adios, querido amigo; quiere siempre á quien es tu fino y eterno.—M."

El 3 de Noviembre hállase ya Mora en el ansiado París, instalado en el segundo piso del hotel Soyecourt, en compañía de D. Fernando Magallón y el duque de Villahermosa; y al escribir á éste último, ausente por unos días en Fontaineblau para una intriga galante, ya no se descubren amarguras de desengaños ni sombras de penas, sino que sólo aparece el Mora de siempre, el Mora al natural, ligero, petulante y obsceno:

"*París* y Noviembre 3 de 1707.

"Mi querido amigo: Te respondo luego que Diego (1) me avisa que hay ocasión de hacerlo. Recibí tu carta cuando estaba poco para escribir, pues el mismo día que te fuiste, á cosa de una hora después que saliste de casa, empecé á desazonarme bastante con una especie de vahidos que vinieron á parar en una calentura muy fuerte, que me duró toda la noche y hasta la mañana siguiente, que por fin quedé limpio, pero molido y reventado del mal rato. Temí que pudiera ser alguna terciana, pero al fin creo que más presto procedió del estómago, porque había comido bastantes guisantes, que como sabes son muy indigestos. Ahora estoy ya enteramente bueno, y aumenta este gusto el de verte en camino del colmo de tu felicidad, que veo muy cercana, si es que ya no la has conseguido á estas horas. He leído tu carta con mucho gusto por ver tu buena conducta que apruebo

(1) Este Diego era un mayordomo de la casa de Fuentes, que hemos visto ya figurar en una carta de D. Jorge Azlor á su hermano.

enteramente. No dudo que lo habrás continuado viendo sus buenos afectos, *et je réponds du succés.* No creo tener nada que prevenirte cuando te veo *agir en maitre.* Solo repito que siempre has de tener presente el no desmentirte en la menor cosa, pues se perdería al menor descuido *au reste;* te veo muy esperanzado de la próxima victoria por la cristiana y prudente prevención que me haces de que si sucede el caso correrás el velo. *Ce com'que m'a fait éclater.....* [Prosiguen tales obscenidades que es imposible transcribirlas.]

No es fácil colegir si la dolencia á que se refiere Mora en esta carta fué realmente una prosaica indigestión de guisantes, ó era ya el primer amago de la terrible enfermedad que precipitada por los vicios, había de llevarle prematuramente al sepulcro.

Este fué antes de caer en las redes de Mlle. de Lespinasse el famoso Mora, á quien Voltaire quiere confiar la misión de formar en España un nuevo siglo, y llama D'Alembert alma pura, noble, fuerte y dulce, y tiene el abate Galiani por genio tan superior que considera á España indigna de poseerle. Veamos ahora á este mismo Mora después que se atravesó en su camino aquella mujer funesta.

XIV

Ciertamente que al leer cuanto llevamos dicho del marqués de Mora, podrá con razón preguntarse cualquiera: ¿Y cómo pudo entonces un personaje de mérito tan discutible arrancar elogios tan entusiastas á hombres como Voltaire, D'Alembert, Condorcet y el abate Galiani, perversos sin duda, pero tan poco pro-

pensos á deslumbrarse? ¿Cómo pudo avasallar el corazón de una mujer como Mlle. de Lespinasse, dotada según dicen, de méritos tan superiores?

La respuesta es bien sencilla, á nuestro juicio; eran entonces los filósofos lo que son hoy los periodistas: mufidores de intrigas y de falsas reputaciones, que crean en interés de un partido ó sencillamente por dinero, si bien aquellos nunca se rebajaron á tanto. La alta posición de Mora, su parentesco con Aranda, que acababa entonces de arrojar á los jesuitas de España; su osadía natural y sus deseos de brillar y singularizarse, hacíanle el agente más apto para activar en España entre la grandeza la impía propaganda que desde tiempos atrás veníase haciendo sin grandes resultados. Los filósofos demostraron gran conocimiento práctico del mundo al escoger en Francia como aliada principal de sus doctrinas, la moda, y como misioneros de estas mismas á los elegantes y á las mujeres. "Si quereis que una opinión prevalezca—dice una de las que más parte tomaron en los impíos manejos de aquella época, Mme. Necker,—recomendádsela á las mujeres, que como son ignorantes, todo lo creen, como son ligeras todo lo popularizan y como son testarudas todo lo defienden con vehemencia." Mas las mujeres en España no se hallaban ni se hallan aún lo bastante corrompidas para convertir sus salones en cátedras de impiedad como lo habían hecho ya muchas de ellas en Francia, y por eso sin duda escogieron los filósofos lo que más se parece á una mujer perversa y más contribuye á convertir á éstas en tales; un elegante corrompido y vanidoso como lo era Mora. Faltaba, sin embargo, á este modelo el pedestal sobre que había de exhibirse, y éste fué el que le levantaron los filósofos con sus elogios, que eran entonces la ejecutoria

que daba á cualquiera medianía, con tal que fuese escéptica, los honores de grande hombre.

En cuanto á lo segundo, también la respuesta nos parece obvia. Mlle. de Lespinasse no amó á Mora con el corazón, sino con los sentidos, y para esto ya tenía Mora méritos bastantes.

Era el Marqués un buen mozo, elegante, gran señor, simpático con esa simpatía que inspiran á las mujeres sensuales los hombres calaveras de quienes mucho se habla, y Mlle. Lespinasse, por su parte, digan lo que quieran los panegiristas que han tenido la blasfema necedad de ponerla en parangón con Santa Teresa, era tan sólo la encarnación femenina, y refinadísima por eso, del espíritu francés del siglo XVIII: ingenio vivo, gracia, cultura superficial, impiedad no razonada, sino fermentación del vicio y del orgullo, y sensiblería empalagosa, falsa, postiza y romancesca, mezclado todo y combinado con cierto arte para encubrir la sucia alma de todo ello, la podrida llaga de aquella época, la fea, asquerosa y prosaica lujuria.

Mlle. de Lespinasse no escribió nunca novelas, pero *las hizo;* y su vida, falsa y amanerada novela en acción, fué tan sólo, como aquellas otras novelas escritas de su época, un tejido de apetitos sensuales desbordados y vestidos de pasiones amorosas, con las galas del sentimentalismo postizo de la nueva Eloisa y los artificiales frenesíes de las heroínas de Rétif de la Bretanne. Hasta en aquella época, la más desvergonzada y cínica de la historia moderna, resultaban ciertas cosas tan feas y repugnantes que preciso fué, como hoy hacen muchos, disfrazar el apetito con el nombre de amor, y con el de amables extravíos del corazón los cínicos desbordamientos de los sentidos.

Juana Julia Leonor de Lespinasse nació el 18 de

Noviembre de 1732, en Lyon y era hija adulterina de la condesa d'Albón. Educóla ésta esmeradamente, y túvola consigo en el antiguo chateau d'Avauches, no lejos de Tarare, hasta que, muerta la madre en 1747, quedó la Lespinasse huérfana y sin amparo á los dieciseis años. Ofrecióla entonces un asilo en chateau Chamrond, donde vivía, la mayor de sus hermanas legítimas, casada con el marqués de Vichy, hermano de la célebre marquesa Du Deffand, de quien varias veces nos hemos ocupado No podían ni debían los Vichy reconocer como hermana á Mlle. de Lespinasse sin deshonrar por completo la memoria de su madre, y recibiéronla, por lo tanto, como aya de los hijos que tenían, que eran dos niños y una niña. Ajaba mucho el amor propio de la Lespinasse esta posición subalterna en casa de la que sabía ella muy bien ser su hermana; mas la necesidad forzóla á permanecer allí cinco años, hasta que en el verano de 1752 acertó á pasar por el chateau de Chamrond la vieja maequesa Du Deffand, que venía á visitar á su hermano y su cuñada.

La marquesa Du Deffand, resto podrido de las orgías de la Regencia, de quien dice la condesa de Genlis, doctora en la materia, que se había refugiado en la impiedad como medio de no tener que sonrojarse de un pasado escandaloso, contaba ya más de cincuenta y cinco años, hallábase á la sazón casi ciega y andaba á caza de una *señorita de compañía*, harto difícil de encontrar ciertamente si había de reunir á la paciencia necesaria para soportar los egoístas caprichos de la Du Deffand, dotes bastantes para no hacer un papel desairado en el aristocrático salón de la Marquesa, centro de los personajes más eminentes y los *bels esprits* más notables que existian entonces en la capital de Francia. Agradó á la Du Deffand el

aya de sus sobrinos, hizo de ella particular estudio, y después de varias negociaciones en que la prudente dama procuró atar bien todos los cabos, hízose al fin el convenio, y marchó Mlle. de Lespinasse á París á instalarse al lado de la marquesa Du Deffand en el convento de San José.

Hállabase éste situado en la calle de Santo Domingo, donde está hoy el ministerio de la guerra; mas no era el convento de San José, como otros muchos de su época, asilo exclusivo de pías religiosas; era entonces costumbre muy común dar en ellos albergue á señoras de alto rango, que buscaban allí un asilo mitad profano, mitad devoto, puesto que pudiendo salir y entrar y recibir á sus amigos con entera independencia, podían también tomar parte en las prácticas devotas de las religiosas desde tribunas especiales construidas al efecto. Célebres inquilinas del convento de San José fueron la marquesa de Montespan después de su rompimiento con Luis XIV; la princesa de Talmont, famosa amiga del pretendiente Carlos Estuardo; la condesa de Genlis, que vivió allí con su madre, y fuélo también la marquesa Du Deffand desde 1747. En esta fecha instalóse en aquella santa casa, como una víbora en un nido de palomas, aquella viejecilla ciega, pequeña, flaca, pálida en extremo, de cabeza y facciones abultadas, que desde el fondo de su salón de *moiré* amarillo con cordones de color de fuego ejerció por su talento y su impiedad una verdadera y funesta influencia en la sociedad más ilustre de su tiempo. Mme. Du Deffand aprovechaba todo lo profano y nada de lo devoto de su retiro, y sólo una vez al año ponía los pies en su tribuna de la iglesia. La noche de Navidad invitaba á sus íntimos para oír desde esta tribuna la Misa de media noche, que llaman en España "Misa de Gallo," y dá-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

bales después una opípara cena (*réveillon*); pues la ilustre marquesa, que era harto gastrónoma, solía decir que el *œnar* era el quinto de los novísimos ó postrimerías del hombre, omitido sin razón alguna fundada en el Catecismo.

En este círculo íntimo de la marquesa Du Deffand fué, pues, donde Mlle. de Lespinasse completó su educación, adquiriendo la exquisita urbanidad y elegantes maneras de la gente de gran tono en aquella época, el don de gentes, la cultura superficial, la cínica impiedad no razonada, el epicurismo de costumbres, y sobre todo la maestría de la buena conversación, tan cultivada en los salones de Versalles y París desde los tiempos de Luis XIV, difícil arte que requiere juntamente el don de saber hablar y el don de saber escuchar. La misma Lespinasse confiesa este aprendizaje y de él se jacta en una de sus cartas al conde de Guibert: "Ved la educación que he recibido. Mme. Du Deffand, que por su talento debe de citarse; el presidente Hénault, el abate Bon, el arzobispo de Tolosa, el arzobispo d'Aix, Mons. Turgot; Mr. D'Alembert, el abate Boismont Estos son los hombres que me han enseñado á hablar y á pensar, y se han dignado estimarme en algo."

Mas no aprendió ciertamente de la marquesa Du Deffand el sentimentalismo, el tono lacrimatorio y los amanerados y románticos golpes teatrales de que están matizados los escritos y la vida de Mlle de Lespinasse.

La ilustre marquesa, por el contrario, acerba, cáustica, maligna, derrochando siempre su talento, quizá *monstruoso*, como alguien ha dicho, en epigramas y observaciones profundas, aparece siempre natural y espontánea, y esta espontaneidad elegante y culta, que tanto valor literario presta á sus cartas, brillaba

de igual modo en su persona, en su trato y hasta en las bromas que daba á sus amigos íntimos.

Dejémosla hablar á ella misma y nos dará mejor prueba de cuantas pudiéramos alegar nosotros. "Os acordaréis bien,—escribe á Horacio Walpole—que la mariscala de Luxembourg [1] y yo acostumbramos siempre por año nuevo enviarnos nuestros aguinaldos; y tampoco habréis olvidado la furiosa manía de la mariscala por el *parfilage* (2). Por eso se me ocurrió el otro día vestir á Pompon, el chiquillo de Wiart (3), de capuchino y hacerle todos sus arreos de hilo y tela de oro, solideo, barba, disciplina, rosa-

---

(1) Era hija del duque de Villeroy: casóse en primeras nupcias con el duque de Boufflers, y en segundas con Cristóbal de Montmorency, mariscal y duque de Luxembourg. Fué en su juventud de las mujeres más escandalosas de la corte, y según Horacio Walpole, hízose devota cuando vió que se acercaba la hora de que se la llevara el demonio. Su salón era el más aristocrático de París y ella fué, hasta el fin de su vida, el oráculo del buen tono. Murió á los ochenta años, y en la fecha de esta carta de Mme. Du Deffand contaba setenta y uno.

(2) Llamábase en aquel tiempo *parfilage* al arte de deshilachar una tela de brocado de oro ó plata, separando hilo á hilo el metal de la seda. Este ridículo é inútil entretenimiento estuvo tan de moda mucho tiempo en los salones de París, que hasta los personajes más graves ejercitaban en él su destreza. Los caballeros solían llevar los pedazos de galón ó brocado y las damas se disputaban las hilachas que resultaban.

(3) Wiart era el secretario de Mme. Du Deffand, que vivía con ella. Tenía un hijo pequeñito, á quien la Marquesa llamaba *Pompon*, y éste es el héroe de esta historia.

rio, sandalias y alforjas bien repletas. Vino aquella noche á casa mucha gente: entró Wiart y me dijo que había allí un fraile que deseaba hablarme. Me negué á recibirle, pero la mariscala rabiando de curiosidad por saber qué negocios podía tener conmigo un fraile, se empeñó en que entrase. Esto esperaba yo, y le mandé entrar: entró entonces *Pompon*, el capuchino más mono que puede imaginarse y cantó varias coplitas á la mariscala, ofreciéndola su traje, donde tenía materia para *parfiler* todo aquel año. Al otro día envié al capuchinito á visitar á la marquesa de Carame y á las duquesas de la Valliére, Gramont y Choiseul y en todas partes tuvo una ovación verdadera, porque estaba realmente monísimo. A los dos días de esta broma me trajo la mariscala sus aguinaldos, que eran los seis últimos tomos de Voltaire, con una preciosa cajita de oro que tenía en la tapa el retrato de *Tonton* (1). Así me regalaba juntos á Voltaire y á mi perro, y por eso venía dentro de la caja esta copla del caballero de Bouffleurs:

"Vous les trouvez toux deux charmants,
Nous les trouvons tous deux mordants;
"Voilá la ressemblance:
L'un ne mord que ses ennemis,
Et l'autre mord tous vos amis.
Voilá la difference (2)."

---

(1) *Tonton* era un perrito de la marquesa Du Deffand, que legó al morir á Horacio Walpole.

(2) Vos encontráis á los dos encantadores y nosotros encontramos á los dos mordaces; he aquí la semejanza. El uno no muerde más que á sus enemigos y el otro muerde á todos vuestros amigos; he aquí la diferencia.

Diez años duró aquella vida íntima entre ambas mujeres, sin que nadie sospechase el volcán que la ambición, la vanidad y el amor propio herido habían ido formando poco á poco en el pecho de la *señorita de compañía*. Habíale tomado ésta gusto al mundo que frecuentaba, sentíase capaz de dominar en él y humillábala cruelmente verse reducida en aquel brillante mundo al solo papel de comparsa, al lado de aquella egoísta vieja, cuya influencia y prestigio envidiaba y trataba de usurpar. Quizá también influyó no poco en la conducta de Mlle. de Lespinasse para con su señora aquel su deseo íntimo y secreto que revela Marmontel en sus *Memorias*. «Con los poderosos medios de que disponía para agradar y seducir, —dice,—parecióle imposible no encontrar entre sus más ilustres amigos alguno lo bastante prendado de ella para ofrecerle su mano. Esta ambiciosa esperanza, más de una vez engañada, no la abandonó nunca; cambiaba de objeto, mas existía siempre cada vez más exaltada y tan vehemente á veces, que cualquiera le hubiese tomado por verdaderos delirios de amor (1)." Tenemos, pues, por testimonio de Marmontel que las sucesivas pasiones de Mlle. de Lespinasse no ocultaban sólo el ardor de su temperamento, sino que encubrían también el proyecto, jamás desechado, de pescar algún marido ilustre que la diese el nombre y la posición de que su desgraciado nacimiento la privaba.

Estalló al fin con grande estruendo y escándalo aquella mina, de tanto tiempo atrás cargada, á principios de Mayo de 1764. Dejemos á Marmontel referir este ruidoso acontecimiento, advirtiendo de paso que Marmontel, como amigo y confidente de D'A-

---

[1] *Mémoires*, t. II, pág. 301.

lembert, muéstrase siempre parcial de la Lespinasse y hostil á la marquesa, de cuyos acerados epigramas había sido alguna vez víctima. "¡Oh Dios mío!—escribía aquélla á Horacio Walpole después de leer el cuento de Marmontel *Las tres sultanas:*—¡qué autor éste! ¡Cómo trabaja y se atormenta por tener talento! No es más que un pordiosero cubierto de harapos."

"Había en Paris una marquesa Du Deffand,—dice Marmontel,—mujer de talento, de chispa y de condición maligna. Galante y bastante bella en su juventud, era ya vieja en el tiempo á que me refiero estaba ciega y devorada por el hastío y los vapores [1]. Su escasa fortuna habíala obligado á retirarse á un convento, donde no dejaba de recibir á las gentes del gran mundo en que había vivido siempre.

"Conoció esta señora á D'Alembert en casa de su antiguo amante el presidente Henault, hombre tímido que sufría entonces por miedo la esclavitud que el amor le había impuesto muchos años antes. El talento y el agrado de D'Alembert cautivaron por completo á la marquesa, y de tal modo supo ella atraérsele que se hicieron inseparables. Vivía D'Alembert muy lejos de ella, mas no dejaba un sólo día de ir á visitarla.

"En este tiempo buscaba Mme. Du Deffand para llenar el vacío de su soledad una señorita joven, bien

(1) Los vapores fueron la enfermedad de moda entre las damas elegantes de aquella época, y con este nombre se designaban hasta los achaques é indisposiciones más vulgares. El abate Coyer escribía á una dama inglesa: "¿Vous passes vous jours sans migraine? On peut vous le pardonner. ¡Mais sans vapeur! C'est abuser, en femme de la halle, de la permission de se bien porter."

educada y sin fortuna, que quisiera vivir con ella en el convento. Encontró á Mlle. de Lespinasse y quedó con razón encantada de ella, y á D'Alembert no le agradó menos encontrar en casa de su anciana amiga aquella joven tan interesante que completaba el terceto.

"El infortunio idéntico de ambos aproximó sus almas, porque uno y otro eran hijos del amor (1), y yo ví nacer la amistad entre ellos cuando madame Du Deffand les llevaba á cenar á casa de mi amiga Mme. Harens, y desde entonces data nuestro conocimiento. Y en verdad que era necesario todo un D'Alembert para dulcificar y hacer soportable la triste y dura posición de Mlle. de Lespinasse. Porque sobre estar sujeta al cuidado perpetuo que requería aquella mujer ciega y *vaporosa*, érale necesario hacer como ella día de la noche y de la noche día, y velar á su cabecera para adormecerla leyendo en voz alta; trabajo que fué mortal á la pobre joven y del cual se resintió toda su vida. A pesar de todo, supo soportar aquella esclavitud hasta que sobrevino el incidente que rompió su cadena.

"Mme. Du Deffand acostumbraba á velar toda la noche en su casa ó en casa de la mariscala de Luxembourg, que trasnochaba como ella; dormía durante todo el día y no se levantaba jamás hasta después

(1) D'Alembert era hijo natural de la escandalosa cortesana madame de Tencin y de un comisario de Artillería llamado Destouches. Su desnaturalizada madre le abandonó recién nacido en las gradas de la capilla de Saint-Jean-le-Rond, cerca de Nuestra Señora, y allí le recogió una pobre mujer casada con un vidriero, que le crió y sirvió de madre durante toda su vida

de las seis de la tarde. Mlle. de Lespinasse solía levantarse media hora antes que su señora, y estos preciosos momentos hurtados á su esclavitud empleábalos en recibir á sus amigos personales D'Alembert, Chastelleaux, Turgot y yo algunas veces, en su habitación particular, que daba al patio interior del convento. Mas como estos señores formaban también la sociedad habitual de Mme. Du Deffand y se distraían á veces en el cuarto de Mlle. de Lespinasse, escatimaban á la señora algunos momentos; fué preciso, por lo tanto, rodear esta tertulia del más profundo misterio para evitar la indignación y los celos de la marquesa. Descubrióla ésta al cabo, y volviendo toda su cólera contra la joven, acusóla de querer usurparla traidoramente sus amigos y despidióla de su casa, declarando que no quería alimentar aquella serpiente en su seno."

El despecho de la vieja Du Deffand al descubrir el salón de contrabando de su protegida no tuvo límites, en efecto, y no sólo despidió en el acto á la señorita de compañía, sino que á D'Alembert, su amigo mimado y querido, púsole en la alternativa de optar entre Mlle. de Lespinasse ó ella. D'Alembert, ingrato ciertamente con la filosófica vieja, optó por la filosófica joven y jamás volvió á poner los pies en el convento de San José. La Lespinasse, temerosa quizá de las consecuencias del suceso, apeló al patético y á la nota trágica, que eran su fuerte, tomándose unos granos de opio, según La Harpe asegura: mas como era natural, no se murió por tan poco, y la Du Deffand, que de las tragedias verdaderas solía hacer parodias, no se conmovió por aquella que desde luego lo parecía, y la ajustó la cuenta y la plantó en la calle negándose á verla, lo mismo que hubiera hecho con la última de sus doncellas.

Esta riña de mujeres entre una *vieja bribona* (1) (palabras de D'Alembert) y una *doméstica engreída, infiel á su señora, de quien quería hacer un falso bel sprit* (2) (palabras de Horacio Walpole), alborotó el mundo aristocrático y filosófico, declarándose unos en pro y otros en contra de la Lespinasse, y permaneciendo neutrales los más de ellos.

Abrió entonces su repleta bolsa la otra vieja, madame Geoffrin, providencia de los filosófos y rival *burguesa* desdeñada siempre por la Du Deffand y parte por amistad á D'Alembert, parte quizá por inquina á la ilustre marquesa, señaló á la atribulada señorita de compañía una pensión de mil escudos é hizo de ella su amiga íntima. Con este oportuno auxilio de la *madre de los filósofos* y un mobiliario completo que la regaló la mariscala de Luxembourg, pudo desahogadamente Mlle. de Lespinasse montar una modesta casa, que fuese casualidad, fuese atrevido reto, hallábase situada en la misma calle de Santo Domingo y casi frente al convento de San José. Estos fueron los principios del famoso salón de Mlle. de Lespinasse, que, como el de la marquesa De Deffand y el de Mme. Geoffrin, había de pasar á la historia y en el cual dominaba el elemento filosófico y literario, sin que por eso faltase tampoco el aristocrático. "Bien pronto.—dice La Harpe,—Mlle. de Lespinasse reunió en su casa lo más escogido y agradable de todas las clases de la sociedad. Desde las cinco hasta las diez de la noche podíase estar seguro de encontrar allí lo más selecto de todos los círculos; personajes de la corte, hombres de letras, embajado-

[1] Carta de D'Alembert á Voltaire, 3 de Marzo de 1766.

[2] Carta de Horacio Walpole al general Conway.

res, extranjeros de distinción, señoras de alto rango. Era, en fin, un título de consideración ser recibido en aquella casa."

En la lista de las pasiones de Mlle. de Lespinasse que Grim hace ascender á cinco ó seis, no figura D'Alembert en primer término. habíale antecedido un joven irlandés llamado Sir Taaff, que se volvió á la verde Erin muy callandito, siendo quizá la primera de aquellas esperanzas defraudadas de que habla Marmontel en sus Memorias. En la época de su rompimiento con la marquesa Du Deffand, hallábase la pasión de Mlle. de Lespinasse por D'Alembert en su período creciente, y esto fué causa de que no permaneciese mucho tiempo sola en su nueva casa de la calle de Santo Domingo. Al año de haberse instalado en ella fuéle á hacer compañía D'Alembert, dejando para siempre el modesto cuarto que había habitado veinticinco años en casa de su nodriza. Allí vivieron juntos, mano á mano y en familiaridad tan íntima, que algunas de las cartas de Mlle. de Lespinasse están escritas por D'Alembert y dictadas por ella desde el baño: el filósofo tenía entonces cuarenta y un años y treinta y dos la filósofa. Esta descarada unión de la filosófica pareja no escandalizó, sin embargo, ni retrajo del salón de Mlle. de Lespinasse á aquella sociedad tan ilustrada: lejos de eso,—dice Mr. Charles Henry,—la sociedad acogió aquella asociación con el respeto que le merecían los *corazones sensibles y las exigencias de la amistad.* Quizá pensaron algunos, como de Marat dijo Chamette, que se habían casado un hermoso día de sol en el altar de la Naturaleza; otros expresaron su sentir en términos menos cultos. "He estado á visitar, escribe David Hume á Guilber Elliot, á la manceba de D'Alembert, que es una de las mujeres más sensibles de Paris."

Considerábase Mlle. de Lespinasse tan dichosa en aquella época, que le asustaba tanta felicidad; mas á principios de 1768 apareció en escena el bello marqués de Mora y el astro de D'Alembert comenzó á eclipsarse, apareciendo entonces para con éste la Lespinasse verdadera, artificiosa, liviana y falsa. Si son ciertos los cálculos de D'Alembert, y nadie pudo tirarlos más exactos, por este mismo año de 1768 debieron comenzar las relaciones de Mora con Mlle. de Lespinasse; mas en este caso poco pudieron por entonces prolongar el idilio, porque la tasada licencia con tantas repugnancias concedida á Mora terminó en Agosto, y antes de volver á España quiso presentar sus homenajes al patriarca Voltaire en Ferney, como lo hizo, en efecto, en compañía del duque de Villahermosa, según dijimos ya en el cap. III. D'Alembert mismo, inducido, probablemente por la Lespinasse, dióle al marqués de Mora la siguiente carta de introducción para Voltaire: "Hay aquí un joven español, de ilustre nacimiento y mayor mérito, hijo del embajador de España en la corte de Francia y yerno del conde de Aranda, que ha echado á los jesuitas de España. Por aquí veréis que este señor está bien emparentado; pero este es su menor mérito: he visto pocos extranjeros de su edad que tengan un talento tan claro, exacto y despreocupado. Estad seguro que por muy joven, muy gran señor y muy español que parezca, no exagero nada. Muy pronto debe volver á España y pensando como piensa, desea naturalmente conoceros y trataros. Proyecta permanecer algunos días en Ginebra y os visitará á las horas que os incomode menos. *Está destinado á ocupar grandes puestos y puede hacer en ellos mucho bien.*" (5 de Abril de 1768.)

No echó Voltaire en saco roto la coletita de esta